

blecimiento de locos, mucho tiempo confiado á los cuidados inteligentes del abate Linguiti. Este, que con el de los Hermanos de San Juan de Dios fué el primero en Europa, ha tenido el mérito de librar á esos desgraciados de los lazos con que estaban sujetos, y de someterles á un tratamiento más suave y más saludable. La situación del hospicio es muy á propósito; bosquecillos, patios, jardines, plantíos, vastas salas adornadas con pinturas y esculturas; un museo, una biblioteca y un billar dan á este asilo del infortunio todo lo apetecible de una suntuosa ciudad. Sería de desearse allí alguna más limpieza y más orden, que sea dicho de paso, no parecen ser las virtudes cardinales de los italianos.

Antes de las cuatro se detenía nuestra berlina en las puertas de Nápoles. La visita muy severa de nuestros equipajes, la entrega de nuestros pasaportes y la del permiso para permanecer allí, nos detuvieron largo tiempo. Al viajero que llega por tierra, no se le presenta la tercera capital de la Europa bajo un aspecto favorable. La vista encuentra casas más ó menos elegantes, pero nada que anuncie á la soberbia Parthenope. Más feliz es el pasajero que llega por mar; para él, Nápoles se muestra en todo el brillo de su magnificencia. Entre tanto, vimos á la izquierda un vasto edificio, cuyo aspecto causa una muy dulce emoción al viajero cristiano; éste es el *Albergo reale dei poveri*, palacio real de los pobres. Nos inclinamos ante el soberbio edificio, al cual prometimos una visita detallada.

Nos esperaba, sin saberlo nosotros, una visita que no tardó en fijar nuestra atención; un batallón de *lazzaroni* escoltaba el coche. En la alegría de sus rostros era fácil adivinar el placer que les hacía gustar la esperanza de servir muy pronto á los nobles forasteros. Puesto que el lazza-

roni es la primera curiosidad napolitana que se presenta, comencemos por describirla. Sin duda es ménos poético, ménos pintoresco; en una palabra, ménos interesante que en otro tiempo; sus antiguas costumbres están notablemente modificadas. Ya no acampa en la calle; la canasta de mimbre ó la losa de las encrucijadas no forma ya su lecho; no es ya extraño á la civilización, en cuyo centro se ha lanzado; ha renunciado á su desnudez salvaje. En estío lleva un calzon de tela, como la de sus primeros abuelos; su cabeza está adornada con un gorro frigio, pero no conoce sino por excepción el uso de las medias y el calzado. En invierno se cubre con un chaleco de lana de anchas mangas y de capuchon; por fin ha llegado á ser locatorio y hasta parroquiano. A pesar de sus cambios, conserva cierto continente que forma de él un tipo aparte. Alegre, sin aspiraciones, viviendo del día, sin pensar nunca en mañana; gozando deliciosamente de su hermoso cielo, razonando sobre bellas artes, improvisando poesías, encuentra en este pasatiempo la felicidad ó una ilusión que se la asemeja.

Como maestro ejercitado en pantomima, expresa, cuando quiere, con el juego variado de su fisonomía, el movimiento de la cabeza y la movilidad de su mano, todo lo que siente, todo lo que desea; pero este lenguaje mudo no le conviene sino con sus semejantes y en ciertas circunstancias en que el misterio es un deber. En cualquiera otra parte, es el más griton de los mortales; ¡grita en vez de cantar, grita en vez de hablar; y apenas comienza el día cuando os ensordece con sus vociferaciones incesantes. No hay medio de sustraerlos á ellas, porque está por todas partes, en el puerto, en las calles, en las plazas, delante de los monumentos, pero so-

1 Napolitani maestri in schiamazzare. Alfieri, *Sor* CXLIII.

bre todo en las estaciones de los coches públicos; se multiplica en el *Toledo*. ¿Le necesitáis? allí está. ¿Os es inútil? también está allí, siempre listo para haceros aceptar sus servicios, y encuentra sin trabajo el medio de hacerse necesario. ¿Quereis ir á alguna iglesia? él conoce el camino. A un museo? os servirá de cicerone. ¿Pedís un barco? todos los barqueros son sus amigos. ¿Tomais un coche? él os abre la portezuela, baja y levanta el estribo y sube de jockey. Durante el viaje, ríe, canta, os divierte, y de tiempo en tiempo os dice al oído: *Eccellenza, una bottiglia*. Al fin del camino salta abajo del coche, os presenta un pequeño tapete para poner los pies, acepilla vuestro vestido y los zapatos, recibe vuestros *tornesi*, os saluda con un aire respetuoso y maligno; también limpia las pezuñas al caballo y le peina la crin, poniéndose luego en espera de otra ocasión de practicar sus habilidades.

El lazzarone es de todas edades y de todos tamaños. En nuestra excursión á la gruta del Perro, es decir, durante una hora y media, fuimos seguidos sin piedad, á pesar de nuestras reiteradas amenazas, de un pequeño *lazzaro*, cuyo tipo era el que acabamos de describir. No cesó de darnos indicaciones que no necesitábamos. A todas nuestras interpelaciones para que se retirase y nos dejase en paz, él contestaba sonriendo: *Eccellenza sí, Eccellenza sí*, y seguía lo mismo. Por fin en un movimiento de vivacidad, le dijimos: «Vete muchacho, mal lazzarone.—*Eccellenza no*; no, Excelencia, yo no soy un lazzarone; os pido una botella, mientras que los lazzarone roban los pañuelos á todo el mando, *rubano li fazzolèti della gente*.» Fué necesario ceder á su importunidad; le dimos algunos *granos* para que comprase macarrones.—«Gracias, Excelencias,» nos dijo, y nos dejó, saltando de alegría y en realidad más feliz que el rey de Nápoles,

el cual no pasa por ser el monarca ménos feliz del mundo civilizado. Añadiré, en alabanza de los lazzarone, que la fe es muy viva en sus corazones y que son ménos malos que su reputación; ya hablaré sobre esto.

Llegamos, pues, al hotel rodeados de un numeroso cortejo. Veinte lazzarone se precipitaron á la vez sobre nuestros equipajes; todos se disputaban el honor de servirnos. En un abrir y cerrar de ojos, ruedas, asientos, interior, todas las partes del coche fueron invadidas. Nuestro vetturino (cochero), espectador atento, viejo Romano que conocía su gente, estaba en pié con el látigo en mano y decía en voz alta, en las barbas de nuestros *listos servidores*: *Signori, badate*. «Señores, cuidado y velad por vuestros efectos.» Parece que la verdad no ofende á los lazzarone, ó que nuestro conductor los calumniaba, porque ellos cumplieron risueños su tarea bajo los fuegos de aquellas insultantes recomendaciones; nada se perdió.

18 DE FEBRERO.

Vista general de Nápoles.—Encuentro con un regimiento de la guardia real.—Catedral.—Tumba de Carlos de Anjou.—Columnas antiguas.—Bautisterio.—Basílica de Santa Restituta.—Historia de esta Santa.

Ved á Nápoles y morid despues. Nuestro primer pensamiento fué verificar por nosotros mismos este proverbio italiano, prometiéndonos además no morir. Se conviene en que el panorama de Nápoles es el más magnífico de la Europa; sería el más bello del mundo, si el de Constantinopla no le fuera superior, como se dice. Para gozar de él, subimos al fuerte Santelmo. Desde la altura de esta ciudadela, cuyos fundamentos están cavados en la viva roca, se domina la ciudad entera y

sus alrededores. A la izquierda se desarrolla el vasto barrio *delle Vergini*, con sus blancos palacios de techos de plataformas, y de amplios balcones cubiertos de flores y de arbustos. Más lejos está el grande hospital de los pobres, *Ospedale dei Poveri*, gobernado por nuestras hermanas grises, de origen del Franco Condado; la puerta de Cápua, luego Caserta, con su castillo real y sus deliciosos jardines; más allá las vastas llanuras de la Campaña, esmaltadas de casas elegantes, cuya blancura contrasta vivamente con el verdor de la pradera y el tupido follaje de los olivos y de los naranjos; por fin, en el horizonte, los Apeninos, cuyas sesgadas cimas estaban entonces cubiertas de nieve. Delante de nosotros se desvanecía á los rayos del sol el corazón de la brillante ciudad. Sus doradas cúpulas, sus palacios, sus monumentos, su bella calle de Toledo con pavimento de anchas losas volcánicas, limitada á uno y otro lado por soberbios edificios, por elegantes almacenes y surcada por una multitud de carruajes y de gente de á pié; su *Largo del Castello*, la plaza más vasta de Nápoles, con su fuente Medina, una de las más bellas del mundo, después de las de Roma, formaban un cuadro cuyo magnificencia estaba realzada por la verde campiña que la sirve de límite y que se eleva en suave pendiente hasta el pié del Vesubio. El Vesubio mismo, con su ennegrecido cono, del cual se escapa incesantemente una larga columna de humo, impone á este risueño espectáculo cierta severidad y arroja en el alma yo no sé qué terror involuntario que completa admirablemente las impresiones del espectador.

A la derecha, la escena es aún más magnífica. La ciudad baja en forma de anfiteatro y llega al soberbio muelle de *Chiaja*, habitado por la primera sociedad de Nápoles. Al Oeste se dibuja la montaña escarpada, que atraviesa la famosa gruta

de Pausilipo, y que sumergiéndose en el mar, cierra la ciudad con una inexpugnable barrera. Unida al fianco interior de la montaña brilla la bella y devota iglesia *della Madonna di Pie di Grotta*, de la Virgen del Pié de la Gruta; luego viene la Villa Reale, que ostenta sus gracias incomparables á la orilla del mar. Su posición, sus fuentes, sus jarras de mármol y de bronce, sus avenidas de acacias, sus bosquecillos de mirtos y de naranjos, su templo circular de mármol blanco y su admirable vista, forman tal vez el más delicioso de los paseos públicos. Al extremo se levanta, en una punta de la roca, la masa imponente del *Castillo del Huevo*, que forma una isla y comunica con la tierra por un muelle de 200 metros de longitud. Este castillo, vila de Lúculo, prision de Augústulo, el último emperador Romano, monumento de orgullo y de humillación, domina al golfo de Nápoles y lo divide en dos partes. Más lejos está la *Torre del Camine*, temible fortaleza que domina el hemicyclo meridional y recuerda la inurrección de Mazaniello, cuya vuelta está destinada á precaver. Más allá de estos edificios veis brillar alrededor del golfo, en el azul del cielo, á *Portici* con su casa real, desde la cual se sube al Vesubio, y á lo lejos á *Castellamare*, apoyada en las montañas, seguido de *Sorrento* y de la demasiado célebre Capri. Siguiendo las miradas por la derecha, vienen por fin á descansar en el cabo Misena, desde donde Plinio el Viejo, comandante de la flota romana, se embarcó para su fatal exploración del Vesubio.

Este grandioso espectáculo no es más que la miniatura del panorama napolitano. A medida que uno se eleva, el horizonte se aumenta, y cuando se llega al convento de las Camaldulenses se goza de una de las vistas más hermosas que es dado contemplar á la vista humana. Los

dos golfos de Nápoles y de Pouzzola, en toda su extensión, los costados deliciosos de Baja, el platillo accidentado de Cúmas, los cráteres apagados de Solfatara y del Astrunci, el lago de Agnano, el mar inmenso, por una parte; y por otra las vastas llanuras de la Campaña, cortadas por graciosos montículos y cubiertas por la vegetación más vigorosa y más variada, completan, desarrollándolo, el punto de vista del fuerte Santelmo. Agregad á todo esto un cielo de una magnificencia tal vez única en el mundo; y luego, si sois artista, tomad vuestro pincel y muy pronto lo romperéis de desesperación.

Tal es en sus principales rasgos, el panorama de Nápoles, contemplado desde el fuerte Santelmo y desde las Camaldulenses. ¡Oh Dios mío! ¡cuál será la patria del hombre vuestro hijo, si su destierro es tan bello.

Extasiados ante aquel espectáculo del cual una pluma ejercitada solo podría hacer una imperfecta descripción, bajamos para visitar en pormenor los principales puntos del vasto cuadro; la catedral tuvo las primicias. Al dejar el *Largo dei Studj*, un hecho antiguo, pero nuevo para nosotros, vino á conmover profundamente nuestro corazón; el primer regimiento de la guardia atravesaba la plaza de la Trinidad y se dirigía hácia la Iglesia del *Gesú Nuovo* [Nuevo Jesus]. ¿A dónde van silenciosos y recogidos todos esos viejos soldados de medio uniforme, con su coronel y su estado mayor á la cabeza? Van ¡oh oídos franceses del siglo diez y nueve! ¡oh oído bien, van á los ejercicios del retiro preparatorio, para la comunión pascual. Les seguimos y pudimos ver á todos aquellos *viejos veteranos*, ponerse de rodillas delante del Dios de los ejércitos, deponer allí sus sables y sus cascos, luego formarse en grupos alrededor de los confesonarios y esperar en oración el momento del ser-

mon y de la confesión. El retiro dura diez días; y muchas veces nos fué dado gozar de un espectáculo tan honroso para aquellos que lo dan y tan consolador para el cristiano que lo contempla. ¡Oh Francia, en otros tiempos tan cristiana y siempre tan valerosa! ¡cuándo recobrarás la inteligencia? ¡cuándo volverás á leer con imparcialidad tu brillante historia? En ese día, ¡oh nación guerrera entre todas las demas! comprenderás la necesidad para tí de la alianza indispensable del espíritu cristiano y del espíritu militar; desde que la has roto, has tenido soldados; cuando la hayas renovado tendrás héroes!

En la catedral nos esperaba el excelente canónigo *De Bianchi*. Este señor, amigo íntimo del ilustre canónigo de Jorio y su inteligente discípulo, tuvo á bien servirnos de guía. La iglesia de San Javier, irregular en su forma, en su arquitectura mitad gótica y mitad griega, presenta un vasto campo de estudios al artista y al cristiano. Hé aquí desde luego dos antiguas columnas de pórfido que adornan su entrada. Encima de la gran puerta interior están los soberbios sepulcros de Carlos Martel y de Clemencia su mujer, levantados en su honor por el conde Olivares, virrey de Nápoles. El bautisterio, formado de una jarra antigua de basalto egipcio, descansa en un pedestal de pórfido, adornado con los atributos de Baco. Ciento diez columnas de granito egipcio, restos del antiguo templo de Apolo y de Neptuno, sostienen las bóvedas del edificio y son un nuevo trofeo de la victoria evangélica. Hácia el medio de la catedral se abre la basílica de *Santa Restituta*, que compone la parte izquierda del crucero; la capilla de San Javier forma la derecha. Santa Restituta es la antigua catedral; se la estima como fundación de Constantino. Una inscripción en mosaico, grabada en el altar, honra á Santa Elena cuando á su

vuelta de Palestina pasó por Nápoles para dirigirse á Roma 1.

Como quiera que sea, se conviene en que las veintidos columnas de la basílica provienen de un templo de Diana; lo mismo sucede con las garras ó consolas que sostienen el altar mayor, bajo el cual descansa el cuerpo de Santa Restituta. Estos objetos, de estilo griego, son de un trabajo exquisito.

Se cree que el oratorio particular de San Aspreno y de Santa Cándida forma la capilla del Santísimo Sacramento, colocada á la derecha del altar; muy pronto hablaré de estos dos ilustres personajes. A la izquierda del mismo altar se encuentra la capilla de San Juan in Fonte; está adornada con mosaicos y con pinturas de gran interés para el que quiere estudiar la historia del arte. Uno de los mosaicos representa á la Santísima Virgen vestida á la griega. Es la *Madona del Principio*, llamada así porque fué la primera que se honró en Nápoles. El traje bizantino que indica la filiación del arte, se encuentra á menudo en las iglesias de Roma. A la derecha de la madona está el antiguo retra-

1 Hé aquí esta inscripción:

Lux inmensa Deus postquam descendit ad ima
Annis trecentis completis atque peractis,
Nobilis hoc templum sancta construxit Elena.
Hic bene quanta datur venia vix quis que lo-
(quetur
Silvestro grato papa donante beato,
Annis datur clorus jam instaurator Partheno-
(pensis
Mille trecentis undenis, bisque retensis.

Otra inscripción conservada en el colegio de los Jesuitas, prueba el paso de Santa Elena por Nápoles:

PHISME AC CLENENTISSIMÆ
DOMINÆ NOSTRÆ AVGVSTÆ
ELENÆ MATRI
DOMINE NOSTRI VICTORIS
SEMPER AVGVLLI CONSTANTINI, ET AVIÆ
DOMINORVM NOSTRORVM
CÆSARVM BEATORVM
VXORI DIVI CONSTANTINI
ORDO NEAPOLITANVS
ET POPVLVS

to de San Javier, considerado como el verdadero retrato del santo durante algunos siglos. Un sarcófago pagano que ha llegado á ser la tumba del cardenal Piscicelli, y muchos mausoleos entre los cuales distinguimos el del sabio y piadoso canónigo Mazzochi, forman las principales riquezas artísticas de Santa Restituta.

¿Pero quién era esta santa? ¿de dónde viene la magnificencia de su santuario y la veneración profunda de que está rodeada? Cuando un país ha visto prodigios de infamia como los que surcaron las orillas de la antigua Parthenope, es preciso ó que perezca, ó que se purifique; y para purificarlo es necesaria la sangre. Por esto para fortificar los muelles corazones de sus habitantes, para levantar sus almas degradadas por increíbles desórdenes son necesarios prodigios de valor y de castidad. Esta ley de la cual depende el equilibrio del mundo moral, la razón la adivina antes de que la historia sueñe la aplicación. Pouzzoles, Nola, Cápua, fueron regadas con sangre cristiana; y si Nápoles, sin duda ménos culpable, no tuvo mártires, vió prodigios regeneradores. A mediados del siglo décimotercero, bajo el imperio de Valeriano, siendo Próculo gobernador del Africa, había en Cartago una joven virgen llamada Restituta. Acusada de ser cristiana, fué llevada ante el juez, quien la entregó á los más espantosos tormentos. ¡Vanos esfuerzos! la heroína permanece firme en su fe. Repentinamente el rostro del tirano brilla con una alegría feroz; ha encontrada un suplicio digno de su odio y digno también de su víctima. Manda á sus lictores que se apoderen de la virgen y la arrojen con las manos y los pies atados, á una barca llena de estopa y pez, á las cuales manda prender fuego, á fin de que ella muera quemada en plena mar. La orden se ejecuta, pero las llamas co-

mienzan por consumir á los verdugos, mientras que los vientos alejan la ardiente navecilla. Todo el pueblo en masa, y en la orilla, la contempla en espera de la suerte de la víctima, que muy pronto levanta los ojos al cielo y espira suavemente á vista de los espectadores. Entre tanto las olas, mensajeras fieles del Dios que las encadena, las calma ó las agita, trasladaron la barquilla del martirio á las orillas de Ischia. Los cristianos de Nápoles, avisados por sus hermanos de Africa, fueron á buscar, con profundo respeto, el cuerpo de la joven virgen; y para glorificar mejor á la casta heroína que el cielo les había enviado como patrona y como modelo, la edificaron un santuario con los despojos de los templos impuros, en los cuales le habían degradado sus voluptuosos antepasados. 1

19 DE FEBRERO.

Segunda visita á la catedral.—Capilla del seminario.—De Minutolo.—Crypta.—Sepulcro del rey Andrés.—Capilla de San Javier.—Tesoro.—Sacristía.—Bastón de San Pedro.—Iglesia de los Cartujos.—Palabra de un Papa.

Cuando esteis en Nápoles acostaos á buena hora y estareis bien; este oráculo es más seguro que el de Calchas.

A las cuatro de la mañana no es posible ya dormir. El rebuznar de los asnos y de las mulas de los jardineros, las campanillas de las vacas y de las cabras, que son llevadas en tropas por las calles y que se paran delante de las casas para dar leche caliente á los marchantes; los gritos de los pastores y de los vendedores de naranjas, hacen imposible el sueño. Ade-

1 Véase á Barónio, Martirolog. Rom., 17 de Mayo, notas B y C; Anales, t. V, Ann. LII, u. 7.—No he hecho más que transcribir las palabras del gran historiador.

mas, el cielo de Nápoles es tan admirablemente hermoso, que se perdona de buena voluntad á los alborotadores que os procuran el gusto de verlo levantándose á la aurora. Después de haber gozado de este encantador espectáculo volvimos á la visita interrumpida de la catedral. El coro, que forma un paralelogramo, presenta por una parte la capilla del Seminario; por otra la de *Minutolo*. Los canónigos de Nápoles componen entre sí una asociación de misioneros llamada *di Propaganda*, y van por orden del cardenal arzobispo á dar retiros á las parroquias de la diócesis; es sabido que Alfonso de Ligorio fué uno de sus miembros más distinguidos; la capilla del Seminario les sirve de punto de reunión. Arriba de la puerta brilla la bella Asunción del Peruginó. La capilla Minutolo es curiosa bajo el aspecto del arte. Vimos, entre otros, varios cuadros sobre asuntos de la *Pasion*, de Marco Stefani, el padre de la pintura napolitana, muerto en 1390. En la crypta ó *soccorpo*, colocada encima del altar mayor de la catedral, descansa el cuerpo de San Javier. Esta capilla, revestida de mármol blanco, está sostenida por columnas que se dice que provienen de un templo de Apolo. Entre los adornos se admira la estatua de mármol del cardenal Oliviero Carafa, que se cree que es de Miguel Angel; los arabescos y las otras pinturas decorativas son de rara belleza.

Antes de dirigirnos á la capilla de San Juanuario, vimos cerca de la puerta de la sacristía el pequeño sepulcro del rey Andrés de Hungría, condenado á muerte con consentimiento de Juana de Nápoles, su esposa, y leímos este humillante epitafio:

ANDREÆ NEAP. JOANNÆ UXORIS DOLO ET
LAQUEO NEBATO.

En frente de la Basílica de Santa Restituta está la capilla de *San Juanuario*. Si